

Pascua, celebración de los bienes de la nueva alianza

Segundo domingo de Pascua
22 de abril de 1979

Hechos 4, 32-35
1 Juan 5, 1-6
Juan 20, 19-31

Para los que están escuchando por radio y han manifestado su descontento con las interferencias de los domingos pasados, creo que será como una buena noticia la que publicó *El Mundo* el viernes de esta semana. Es una carta del señor presidente de ANTEL, en que dice: “Cumpliendo con instrucciones superiores, emanadas de la Presidencia de la república y en mi carácter de presidente de ANTEL, le informo a usted y a la ciudadanía salvadoreña, que merece todo nuestro respeto, que esta institución no ha tenido ninguna injerencia, como maliciosamente se ha dado a entender por otras publicaciones, en las interferencias que han venido ocurriendo a la citada emisora YSAX. Al respecto, considero oportuno comunicarle que ANTEL, como organismo estatal encargado del control técnico, de la instalación y operación de equipos, tales como radiodifusión, sonora y televisión, radioaficionados, bandas ciudadanas, ha ordenado se efectúe una minuciosa investigación, conducida por su departamento radioeléctrico, a efecto de deducir responsabilidades en el caso aludido y, de obtener resultados concretos, proceder, de acuerdo con la ley, a penal a los infractores que provocan estas situaciones”. Para terminar la carta dice que, “siguiendo fiel-

mente los postulados dictados por el supremo Gobierno, reitera que en ningún momento se ha vulnerado el derecho de libre expresión consagrado en nuestra carta magna y que es respetuosa de los derechos que asisten a los diferentes medios de comunicación social de la república”, etcétera.

Quiero agradecer y espero, pues, que esta promesa sea eficaz y que podamos ahora comunicarnos libremente, ya que, como lo acaba de confesar la misma ANTEL, en sus manos está poder poner remedio cuando suceden estas cosas tan desagradables. Ojalá, pues, que la voz de pastor pueda llegar hasta todos sus fieles, que tienen interés en escuchar su palabra.

Y la palabra de hoy no es mía, como nunca ha sido mi palabra, es la palabra de Dios, que yo trato únicamente de comentar y aplicar a la realidad. Nos encontramos ya en el segundo domingo de Pascua. Para comprender la Pascua, es necesario comprender esos tres días grandes de la Semana Santa que se llaman el Triduo pascual y en que celebramos la muerte, el sepulcro y la resurrección. Esos tres aspectos, que el Viernes Santo, el sábado en su silencio y en su alegría de la noche de la Vigilia pascual, quieren marcar para todo el año la característica de nuestra fe.

Toda esta semana se llama la Octava de Pascua, que se está clausurando con este domingo. Pero luego continúan cincuenta días, que se llaman el tiempo pascual. Ahora estamos en el segundo de los siete domingos que llenan el tiempo pascual, que se va a coronar con la fiesta de Pentecostés, que significa cincuenta días, la plenitud de la Pascua, la venida del Espíritu Santo.

Quiero recordarles que todos los domingos que venimos a misa es el ciclo ordinario, semanal, de celebrar la Pascua. Todos los domingos los cristianos nos reunimos en nuestra misa dominical a celebrar esos tres grandes acontecimientos: muerte, sepultura y resurrección del Señor. Más aún, cada vez que asistimos a una misa —sea por motivo de un matrimonio, de una primera comunión, de un funeral— no olvidemos que vamos a celebrar la Pascua. Cada misa es celebración de Pascua. Por eso, en el momento trascendental de la consagración, el sacerdote dice: “Este es el sacramento de nuestra fe”. Y el pueblo dice una proclamación pascual: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!”. El pueblo cristiano vive de esa esperanza. Cristo vive y nosotros caminamos hacia su en-

cuentro. Cada domingo, cada misa que se celebre es un recuerdo de esa presencia y de esa esperanza.

Ahora bien, queridos hermanos, el año litúrgico gira en torno de este misterio. Por eso, la Semana Santa es como el sol de todo el año litúrgico, sobre todo, su Pascua. Y quiere grabar bien hondo el sentido pascual durante estos siete domingos —que yo quisiera que enlazáramos las ideas de toda la Cuaresma— que han traído un programa de predicación. Yo quisiera que lo principal de mi predicación lo recogieran como una catequesis, como una predicación de la palabra de Dios. Naturalmente que hay gente que solo está esperando aspectos políticos, polémicos, y creen que toda mi predicación es política y es polémica, y estoy subvirtiendo con mi predicación. El objetivo principal de mi predicación es el anuncio de este misterio.

Recordarán que la idea que ha venido uniendo los domingos de Cuaresma ha sido: “Las alianzas de Dios con los hombres”. Alianzas del Viejo Testamento: Noé, Abraham, Moisés, los profetas; y así llegamos a la Semana Santa, que la titulamos en nuestra predicación del Domingo de Ramos, las dos misas del Jueves Santo, la ceremonia del Viernes Santo y la Vigilia pascual, y el domingo recién pasado, Domingo de Resurrección; todo ese conjunto de Semana Santa lo llamé: “La celebración de la nueva alianza”. Ahora continuaremos, pues, en esta misma línea, recogiendo los frutos de la alianza nueva.

La Pascua es un tiempo propicio para quedarnos, como los apóstoles frente al sepulcro vacío, meditando lo que significa para nosotros que un Redentor haya muerto por nosotros, haya resucitado para devolvernos la vida. Y en esa devolución de la vida, hay un conjunto de cosas que es el trabajo de un cristiano a lo largo de toda su vida: reflexionar los frutos mesiánicos, recoger la rica cosecha de la redención. Todo lo que anunciaron los profetas en las viejas alianzas no eran más que promesas, esperanzas y, por eso, los profetas le fueron dando a la alianza un término más comprensivo: el testamento; el Viejo Testamento, el Nuevo Testamento. Y San Pablo llega a decir: “Un testamento no tiene eficacia hasta que muere el testador”; y mira la muerte de Cristo, el Viernes Santo, como la muerte... Yo la titulé, la predicación del Viernes Santo: “El precio de los bienes de la alianza”. Era necesario que Cristo muriera, que sufriera por obediencia esa pena de muerte; pero al resucitar, incorporando

todo su dolor, se presenta al Padre y el Padre cumple, con la muerte del testador, todos los bienes del testamento. Así se llama nuestra era cristiana: la era del Nuevo Testamento, la alianza nueva. Veremos, a lo largo de estos domingos, los diversos frutos.

Por eso, este domingo, como de costumbre, al darle un título, le doy ese título general de la Pascua: *Pascua, celebración de los bienes de la nueva alianza*. Bajo este título podíamos comprender los domingos que faltan de la celebración pascual. Y cada domingo iremos arrancando, uno a uno, esos frutos, esas riquezas, esos bienes de la nueva alianza. Este domingo, yo encuentro en las lecturas tres grandes bienes de Cristo resucitado: primero, el don del Espíritu; segundo, el don de la fe cristiana; y tercero, el don del amor sobrenatural que nos hace comunidad de hijos de Dios.

El don del Espíritu

En la primera idea, pues, yo encuentro, al leer el Evangelio, ese gesto de Cristo resucitado soplando sobre los apóstoles, como cuando el eterno Padre, al crear al nuevo hombre de barro de la tierra, sopla el espíritu de vida, dice una palabra: “*Recibid el Espíritu Santo*”. Detengámonos en ese gesto, parecido al del Génesis, porque Cristo, con su nueva alianza, es un nuevo creador. Creador de un nuevo Espíritu: “*Recibid el Espíritu Santo*”.

Y Él había dicho, en la noche del Jueves Santo, a sus apóstoles: “Les conviene que yo me vaya. No estén tristes. Porque si yo no me voy, no les puedo enviar al Espíritu Santo. Es decir, la condición que el Padre me ha puesto para devolverles la vida divina que se ha perdido por el pecado, el Espíritu de Dios que venga a vivificar a la humanidad, es necesario que, después de padecer la cruz y la sepultura, yo resucite; y mi humanidad, este hombre concreto, Jesús de Nazaret, asumido por lo divino, sea glorificado y sea adorado como Dios, y como Dios, junto al Padre, les enviaré el Espíritu de Dios”.

Según el Evangelio de San Juan, no hubo que esperar la fiesta de Pentecostés, cincuenta días después de la resurrección; ya la misma resurrección de Cristo era su glorificación. Y en la misma noche del domingo en que resucitó, en esa misma noche ya aparece Cristo con este gesto creador del nuevo Espíritu: “*Recibid el Espíritu Santo*”.

Jn 20, 22

Gn 2, 7

Jn 16, 7

Jn 20, 22

¿Qué da ese Espíritu a esa comunidad naciente de once apóstoles? Donde ya falta el traidor, pero que será suplido por otro y será sucedido por otros y otros. Y será nuestra comunidad, que hoy llena la catedral y la que a través de la radio, tal vez, está escuchándonos. Somos la comunidad que, en la voz del Espíritu, en la promesa, en el soplo de Cristo, ha recibido el Espíritu: “Recibid el Espíritu Santo”. Y Cristo mismo explica: “Como mi Padre me envió, así yo os envío”. Quiere decir, nace la Iglesia con este soplo de Cristo. Y la misión que esa Iglesia llevará al mundo, a todos los siglos, no será otra que la de Cristo muerto y resucitado. La Iglesia celebra su liturgia, predica su palabra solamente para eso: para salvar del pecado, para salvar de las esclavitudes, para derribar las idolatrías, para proclamar al único Dios que nos ama. Esta será la difícil tarea de la Iglesia. Y, por eso, ella sabe que, al cumplir esta misión que a Cristo le hizo ganarse una cruz y unas humillaciones, tendrá que estar dispuesta ella también a no traicionar ese mensaje y, si es necesario, como Él, sufrir el martirio, sufrir la cruz, la humillación, la persecución.

¿Qué otra cosa le da el Espíritu? Si le ha dado toda la vida de Cristo a la Iglesia y le ha dado también el poder de perdonar. Dice Cristo, en la misma noche de su resurrección: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis, que les queden perdonados sus pecados; y a quienes se los retuviereis, les queden retenidos”. Es decir, solo Dios puede perdonar los pecados que ofenden a Dios. La Iglesia es una presencia de Dios misericordioso en el mundo. Así como Dios perdona al que pide perdón, la Iglesia será —como dice San Pablo— “ministro de la reconciliación”. Allí está la pila bautismal, para reconciliar al recién nacido con la gracia de Dios. Allí están los confesionarios, para que los arrepentidos reciban la absolución por medio de la Iglesia, representada en el sacerdote. Y cuando dice que el Espíritu le ha dado el poder de perdonar, quiere decir que le ha dado también la capacidad de predicar la conversión, de llamar las injusticias por su propio nombre, de decir a los pecadores: “Conviértanse, que Dios los quiere perdonar”, de ponerse solidaria del lado de los que sufren para decirles: “Ánimo, Dios va con el que sigue a Dios”. Esta es la misión del perdón, de la reconciliación, de la Iglesia: que en el fondo de su dureza, como madre que no sabe alcahuetejar las debilidades e injusticias de sus

Jn 20, 22

Jn 20, 21

Jn 20, 22-23

2 Cor 5, 18

hijos, corrige, enmienda, orienta, para que tenga buenos hijos, para que sean dignos de la filiación divina.

En la segunda lectura de hoy, también encontramos que ese Espíritu que Cristo ha dado a su Iglesia, da testimonio de Cristo, porque es “el Espíritu de la verdad”, dice San Juan en su epístola de hoy. Quiere decir que la Iglesia, animada por el Espíritu de Dios, lleva la capacidad de la verdad. Queridos hermanos, llevar la capacidad de la verdad es sufrir el tormento interior que sufrían los profetas. Porque es mucho más fácil predicar la mentira, callar la verdad, acomodarse a las situaciones para no perder ventajas, para tener siempre amistades halagadoras, para tener poder. ¡Qué tentación más horrible la de la Iglesia! Y, sin embargo, ella, que ha recibido el Espíritu de la verdad, tiene que estar dispuesta a no traicionar la verdad. Y si es necesario perder todos los privilegios, los perderá; pero dirá siempre la verdad. Y si la calumnian, sabe ella que la calumnian por decir la verdad. Esta es la misión que Cristo confió a la Iglesia en la misma noche de su resurrección.

1 Jn 5, 6

Hay otra capacidad que le da el Espíritu. Cuando Juan habla hoy de la sangre y del agua y de los signos, está sugiriendo, en aquellas primitivas comunidades cristianas, ese signo que todos conocen: los signos sacramentales. El agua, que lava el pecado original del niño; el pan y el vino, que se convierten en cuerpo y sangre del Señor; la mano del sacerdote, que absuelve o que unge, son signos de la presencia del Espíritu en su Iglesia. Son los sacramentos que santifican a los hombres. Son los sacramentos que santifican todas las diversas condiciones de la vida del hombre, del hogar, de la sociedad. Por eso, también el Espíritu le da a la Iglesia, en el soplo que Cristo le infundió, la capacidad de santificar, de convertir, de alimentarse de la vida de Dios; de que el que ya es santo, se santifique más; y de que seamos cada día una comunidad verdaderamente pueblo de Dios, agradable al Señor.

Esta es la razón de predicar en la Iglesia. Naturalmente, hermanos, esto es bien difícil, porque predicar la virtud ante el vicio es provocar conflictos con el vicio. Predicar la justicia ante las injusticias y los atropellos es provocar conflictos. El Evangelio que la Iglesia predica siempre provocará conflictos. Siempre que la Iglesia quiere ser coherente con su fundador, con el soplo del Espíritu que le dio el mensaje de llevar al mundo: o traiciona su

fidelidad a ese Espíritu o pierde las ventajas del mundo pecador. Y es preferible quedarse con el Cristo que muere, pero que después resucita, a las ventajas de los perseguidores de Cristo, “que por salvar su vida en este mundo, la perderán”.

Mc 8, 35

El don de la fe cristiana

Lo segundo que encuentro hoy en las lecturas: el don de la fe. Ese soplo de Cristo, que es su Espíritu dado a la Iglesia, logra crear una comunidad de fe. Así se llama la Iglesia: comunidad de fe. Quiere decir que una comunidad Iglesia no es una comunidad con ideales políticos, subversivos, comunistas, sociológicos. No, la Iglesia lleva unos criterios de fe, que son los que caracterizan toda su vida.

El episodio de Santo Tomás y la segunda epístola, explicándonos las relaciones de la fe con Dios, son un bello comentario a este pensamiento que estoy sugiriendo: el don pascual de la fe, el don de la nueva alianza, creer en Cristo como mediador de la alianza entre Dios y los hombres.

El proceso de Santo Tomás es muy interesante para todos nosotros. La primera aparición de Cristo no encontró a Tomás. Y cuando llegó Tomás, los apóstoles, compañeros, le dicen: “Hemos visto a Cristo; ha resucitado”. Y Tomás quiere someter a prueba. Fíjense cómo el espíritu de Tomás coincide con el espíritu crítico de los modernos. La técnica de hoy quiere medir, quiere palpar, quiere constatar evidencias. Eso es lo que quería Tomás. “Si yo no meto mi dedo en la llaga de sus manos y si no meto mi mano en su costado, no creo”. “Ocho días después —fíjense qué expresión más bonita: ocho días después; como que ya Juan está canonizando nuestra reunión dominical, el domingo siguiente; como si yo les dijera hoy: ‘El otro domingo nos vamos a reunir’; ya se insinúa, pues, la celebración dominical— estaban reunidos y Tomás estaba allí”. Y Cristo, gozando de esas cualidades de los cuerpos resucitados que no necesita que le abran las puertas —es ya un cuerpo espiritual—, se presenta en medio de ellos. “Un fantasma”, diríamos nosotros. Sin embargo, se enfrenta al incrédulo: “Ven, mete tu dedo en mis manos, mete tu mano en mi costado y palpa que yo soy”. Tomás, no nos dice el Evangelio si metió su dedo y su mano, lo que sí nos dice su reacción de fe: cayó ante Cristo diciendo el grito más hermoso de la fe que se

Jn 20, 24

Jn 20, 25

Jn 20, 26

Jn 20, 27

Jn 20, 28 conserva en el Evangelio: “¡Señor mío y Dios mío!”. Esto es creer. No es necesario palpar.

Jn 20, 29 Cuando queremos evidencias, cuando queremos sentir las verdades de la fe, estamos imitando la incredulidad de Tomás. Y Cristo le dice a Tomás: “Porque has visto, has creído. Bienaventurados los que sin ver, creen”. Ustedes y yo, queridos hermanos, vivimos de una fe porque creemos sin haber visto. Y muchos dicen que esto es una estupidez, pero yo les digo: no hay sabiduría más grande que esta que Cristo predica este domingo, la fe. “Esta es la victoria que vence al mundo —dice la segunda carta de San Juan, hoy—: la victoria que vence al mundo es creer que Jesucristo es Dios”.

1 Jn 5, 5

La YSAX ha sido interferida nuevamente. Lamentamos que la eficacia de ANTEL, pues, no ha llegado todavía a corregir estas cosas*. Quiero interpretar ese aplauso como un repudio a esta acción indigna de oponerse al derecho de expresar nuestra fe. ¡Si no estoy hablando más que nuestra fe! Creo que ha vuelto a escucharse y quisieramos, pues, que este mensaje, que estoy tratando de hacerlo absolutamente evangélico, nos hiciera pensar que el don más precioso de nuestra religión es la fe.

Es la fe. Creer no es palpar, no es meter el dedo en las llagas de Cristo, no es la evidencia científica, sino que es la aceptación de la palabra de Dios. La aceptación de una palabra que unos testigos de la experiencia pascual anuncian con tanta convicción que todo el mundo dice: “¡Cristo ha resucitado!”. Cristo está presente por el Espíritu que Él dio a su Iglesia. Cristo vive en la santidad del pueblo que lo sigue. Cristo está presente en la valentía de su Evangelio que se predica en el mundo. Cristo es el testimonio del Espíritu Santo y de la comunidad que lo acepta y lo siente presente. Esta fe, hermanos, es la que hace bella la comunidad de los que nos reunimos a meditar en la palabra de Dios.

Jn 20, 31 Cuando San Juan termina el Evangelio de hoy, dice: “Estas cosas se han escrito para que ustedes crean”. Según el verbo griego que aquí se usa, indica una continuidad. Dice: “Para que ustedes sigan creyendo, sigan creciendo en la fe”. Cada domingo que ustedes asisten a la misa y el predicador comenta la palabra de Dios o ustedes la reflexionan en sus comunidades pequeñas, en su hogar, lean esa palabra escrita para que su fe crezca. La palabra del Señor, pues, es el fermento que hace creer en el Dios verdadero.

Pero esta fe tiene un contenido. Cuando escuchábamos al papa Juan Pablo II en Puebla, me pareció escuchar la síntesis más hermosa del contenido de la fe, cuando él invitaba a los obispos, maestros de la fe, a predicar “la verdad sobre Cristo, la verdad sobre la Iglesia y la verdad sobre el hombre”¹. La verdad sobre Cristo es la que ahora nos anuncia el Evangelio, cuando Tomás dice: “¡Señor mío y Dios mío!”; y cuando Juan escribe: “Para que creáis que Cristo es hijo de Dios”. La segunda lectura... Nuevamente, la interferencia de la radio, para decirnos, pues, que la fe no tiene una libre expresión entre nosotros. Después dicen que no hay persecución a la Iglesia. ¡Esto es persecución a la Iglesia! No dejar que sus ministros prediquen². Entre los títulos de persecución está ese: oponerse a la libertad de la predicación; está ese de oponerse a que los ministros de la Palabra, que llevan el encargo de Cristo de anunciar su mensaje, sean impedidos en su predicación, en su oficio. Eso es auténtica persecución a la Iglesia³.

Jn 20, 28

Jn 20, 31

El don del amor sobrenatural

Y, finalmente, queridos hermanos, el tercer pensamiento, el tercer don que hoy recibimos de la Pascua, el don de un amor que nos hace formar una comunidad de hijos de Dios. Así también se llama la Iglesia. No solo comunidad de fe, sino comunidad de amor. Comunidad de amor, pero entendámoslo bien.

En la primera lectura de hoy, hay una expresión bellísima de la comunidad donde todos los bienes se compartían. Todos eran muy bien vistos. Ninguno pasaba necesidad, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero y lo ponían a disposición de los apóstoles. Luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno. Los comentaristas de este pasaje dicen claramente que se trata de una utopía, un ideal que algunos lo alcanzaron. Y el mismo libro de los Hechos nos habla de tres personajes: un José Bernabé, Barnabas, un Ananías y Safira. Eran casos extraordinarios. Y en el caso de José Bernabé, era un auténtico sentido de amor que lo llevó a entregar todos sus

Hch 4, 33-35

Hch 4, 36;5, 1

Hch 4, 36-37

¹ Cfr. Discurso de Juan Pablo II al inaugurar la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Puebla (28 de enero de 1979), *L’Osservatore Romano*, 4 de febrero de 1979.

- Hch 5, 1-10 bienes para compartirlos con sus hermanos. En cambio, Ananías y Safira quisieron aparentar este gesto, pero quisieron engañar, mentir. Y cuando Pedro les pregunta: “¿Lo han dado todo?”, ellos dijeron que sí; y Pedro le dice: “No debíais de engañar al Espíritu”. Y para ejemplaridad del pueblo de Dios, que no debe ser hipócrita, les dió el castigo de morir repentinamente. No era obligación vender los bienes y traerlos; pero el que lo quisiera hacer aparentando hipócritamente y reservándose egoísticamente era digno de esa pena. En cambio, quien daba con amor, aunque no se desprendiera de su propiedad, compartía sus bienes, hacía que no existieran esas desigualdades injustas de una sociedad que se llama cristiana y donde el espíritu de amor fraternal ha desaparecido.
- Hch 5, 9
- 1 Jn 4, 20 Lo que quiere enseñarnos hoy este amor sobrenatural es, como decía el Papa, amor afectivo y amor efectivo. Un afecto que nos eleva hacia Dios primero y, de allá, deriva en amor al prójimo. Miren cómo San Juan es el hombre del gran equilibrio. En su carta dice una cosa que muchos lo hemos oído muchas veces: “No puede decir que ama a Dios, a quien no ve, el que no ama a los hombres, a quienes ve”. Pero hoy nos dice al revés: “El testimonio de que amamos a los hijos de Dios es que amamos a Dios”. Las dos cosas se necesitan. “Si el principal mandamiento —dijo Cristo— es: ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas’; y el segundo es semejante a este: ‘Amarás a tu prójimo como a tí mismo’”. Amar al prójimo es testimonio del amor que tenemos a Dios y amar a Dios es testimonio también del amor que le profesamos al hombre. No puede existir en el corazón auténticamente cristiano solo amor a Dios sin amor al hombre o solo amor al hombre sin amor a Dios. El justo equilibrio de la comunidad de amor tiene que ser como en la primera frase del Concilio Vaticano que dice: “La Iglesia es el gran sacramento que une a los hombres con Dios y une a los hombres entre sí”. Esta es la comunidad que el espíritu de amor logra crear entre los cristianos.
- 1 Jn 5, 2
- Mt 22, 37-39
- LG 1
- 1 Jn 5, 1
- 422

categorías entre hombres de primera clase y hombres de segunda clase, sino que todos a la altura del corazón de Dios. Todos. ¡Qué hermoso será el día en que exista esa realidad del don del Espíritu, que es amor que crea la comunidad de amor.

En este ambiente pascual de los dones, de la fe, del Espíritu y del amor, yo quisiera invitarles a analizar los hechos de la semana.

Vida de la Iglesia

Dentro de la Iglesia, que hemos dicho hoy que se llama comunidad de fe y comunidad de amor, analizaríamos los hechos eclesiásicos. Por mi parte, les informaría, como quien regresa al hogar, que esta semana estuve en Costa Rica con el episcopado centroamericano. Asistieron cuatro de Costa Rica, seis de El Salvador, doce de Guatemala, cuatro de Honduras, tres de Nicaragua, seis de Panamá. Creíamos que hechos tan trascendentales para América Latina, como fueron la reunión de Puebla y la visita del Papa a nuestro continente, ameritaba que los pastores de la región ilumináramos, con esas enseñanzas, las realidades de nuestros países centroamericanos. Y así fue como dimos prioridades pastorales a estas áreas de estudio:

Un grupo se dedicó a estudiar “la comunión eclesial, que debe ser profundamente vivida entre los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos”².

Otro aspecto de nuestra reunión fue “la pastoral vocacional, que nos ha de llevar a contar con un número suficiente de sacerdotes y ministros debidamente preparados para el trabajo evangelizador en las circunstancias especiales de nuestros pueblos”³.

Un tercer aspecto del estudio del SEDAC en Costa Rica fue la actitud de la Iglesia frente a otras confesiones cristianas y “frente al avance, con profundas implicaciones sociopolíticas, de numerosas sectas que constituyen una grave amenaza a la unidad de nuestros pueblos”⁴. Así como hemos defendido el ver-

² Comunicado de prensa del Secretariado Episcopal de América Central y Panamá (San José de Costa Rica, 20 de abril de 1979), *Orientación*, 6 de mayo de 1979.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

dadero ecumenismo, el acercamiento sincero de católicos y protestantes, en Costa Rica dijimos también que hay mucho peligro de división en aquellas sectas que no por un sentido ecuménico, sino que con compromisos sociopolíticos, se están prestando al mantenimiento de situaciones injustas en nuestros países.

Y, finalmente, se estudió “las tensas relaciones entre la Iglesia y el Estado en la mayoría de nuestros países, cuyos regímenes se inspiran en la ideología de la Seguridad Nacional”⁵.

Como ven, los temas corresponden claramente a la problemática eclesial y a las relaciones de la Iglesia con el mundo civil, sobre todo, con los Gobiernos de Centroamérica. “En todas nuestras deliberaciones tuvimos en cuenta que nuestros países son predominantemente católicos y que esperan, con razón, una palabra orientadora de sus obispos. Este pensamiento aumenta nuestro sentido de responsabilidad y nos impulsa a señalar los caminos que lleven no solo a la formación de comunidades vivas y operantes, sino a animar a los cristianos a buscar, con sentido realista y responsable, la solución de los graves problemas socio-políticos que afligen a nuestras naciones”⁶.

Dijimos allá que “la Iglesia no puede renunciar a su misión evangelizadora que lleva, si es genuina y auténtica, a la defensa de los derechos humanos, a la liberación de todas las esclavitudes y especialmente del pecado, aunque esto le cueste la perdida de privilegios y la lleve hasta sufrir persecución y martirio”⁷. Da gusto encontrar, entre los obispos de Centroamérica, gente muy comprometida en esta línea que, gracias a Dios, lleva también nuestra arquidiócesis.

“Sin embargo —fíjense bien en esto—, jamás aceptará la Iglesia hipoteca alguna con ideologías o métodos que utilizan la lucha de clases, el engaño y el terrorismo para conseguir sus fines. No creemos en la violencia, de cualquier signo, como camino adecuado para resolver los problemas de nuestros países, porque somos conscientes de que el Evangelio de Cristo ofrece el único camino válido para forjar una sociedad justa y humana, en la que están satisfechas las necesidades vitales de todos los hombres. Es necesario, sin embargo, que todos los que creen en

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

Cristo depongan actitudes de egoísmo o de apetencias extremadas y busquen la justicia con medios eficaces y legítimos. Como pastores conscientes de nuestra misión, que no es política ni técnica, sino eminentemente espiritual y religiosa, queremos asumir plenamente el pensamiento de Puebla y del magisterio del sumo pontífice y hemos aceptado el compromiso de impulsar, en nuestras respectivas diócesis, por el conocimiento, la profundización y la aplicación concreta de las grandes pastorales y de las opciones prioritarias asumidas por la Iglesia en América Latina, seguros de que este será nuestro aporte para alcanzar en nuestros países la ansiada paz, que solo puede venir como fruto de la justicia y de la verdad⁸. Como ven, los ideales, pues, de nuestra reunión centroamericana no es más que un reflejo del compromiso de Puebla y de las enseñanzas del Papa. Da lástima pensar que muchos...⁹.

También, en esta hora de comunión, comunidad de amor, acordémonos de nuestros hermanos de Nicaragua. Me di cuenta, a través de sus obispos, cómo está sufriendo aquel pueblo. Y para colmo, en esta misma semana, el Papa expresó su pesar por los sufrimientos y privaciones que ha experimentado el pueblo nicaragüense. Y dijo que todos los católicos rezáramos mucho pidiendo por la protección de las poblaciones amenazadas de ataques y represalias⁹. Ya anteriormente, treinta obispos de América Latina, en Puebla, que se solidarizaron con la Arquidiócesis de San Salvador, manifestaron también su solidaridad con Puebla y dijeron que Nicaragua les parecía un ejemplo claro del martirio que someten a los pueblos las tiranías de todo tipo¹⁰. Y desearon que haya pronto una nueva Nicaragua, en la que el pueblo rija sus propios destinos como expresión de igualdad entre todos⁹.

En esta hora de alegría y de comunión con nuestros hermanos que gozan y de sufrimiento con los que sufren, yo les invito, hermanos, a que nos solidaricemos con la congregación de las

⁸ *Ibid.*

⁹ Cf. Audiencia general del 18 de abril de 1979, *L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1979.

¹⁰ Cf. Carta de varios obispos a monseñor Salazar, obispo de León y presidente de la Conferencia Episcopal de Nicaragua (10 de febrero de 1978), *ECA* 365 (1979), pp. 191-192.

hermanas dominicas de la Anunciata. Su fundador, el padre Francisco Coll y Guitart, un dominico misionero catalán, fundó esta congregación el siglo pasado; y aquí, entre nosotros, es una congregación que tiene muchos méritos pastorales. Esta congregación es la que dirige el Colegio Nuestra Señora de Fátima, en Santa Tecla, el colegio católico de Suchitoto y el colegio también de Quezaltepeque, la escuela San Martín de Porres, que está anexo a la Iglesia de El Rosario, y la escuela Masferrer en Santa Tecla. Allá en Santa Tecla, también, tiene una obra de promoción, así como en Chiltiupán tiene también una obra pastoral misionera.

Como ven, pues, seis, siete obras de las hermanas dominicas que merecen que, en esta hora de comunión de la comunidad de la arquidiócesis, les expresemos nuestra felicitación, nuestra gratitud, porque su fundador va a recibir, como el primer beatificado por Juan Pablo II, como la autorización de una vida que merece ser imitada, un cristiano que ha llegado al reino de los cielos y que ha dejado en la tierra una obra tan benéfica, como es la congregación de las dominicas de la Anunciata. Por mi parte, quiero agradecerles a las hermanas, que han querido que yo vaya a participar del júbilo de la beatificación, en Roma mismo, el próximo domingo. Así es que, con el permiso de la comunidad de la arquidiócesis, yo voy a estar en Roma, gracias a esta invitación de las dominicas, el próximo domingo, asistiendo a la beatificación del padre Coll*.

Naturalmente que todo el que va a Roma, sobre todo si es pastor, su gran anhelo es mirar al Papa. Veré al Papa y platicaré con él. Y nunca he estado opuesto a la línea del Papa. Seguiré todo lo que el Papa dice. Ya sé que allá, adelante, están muchas denuncias contra mí. Hay muchas informaciones que están diciendo de lo torcido de mi pastoral; y sé que el Papa, pues, me preguntará, aunque le diré: "Santo Padre, usted envió ya una visita apostólica¹¹ que pudo consultar a muchos testigos, al pue-

¹¹ En diciembre de 1978, el Vaticano nombró a monseñor Antonio Quarracino (obispo de Avellaneda, Argentina) como visitador apostólico, con el fin de investigar la situación de la Arquidiócesis de San Salvador y enviar un informe al Vaticano. Una vez realizada la visita, monseñor Quarracino recomendó al papa Juan Pablo II nombrar un administrador apostólico sede plena que asumiera la dirección de la Arquidiócesis de San Salvador, en lugar de monseñor Romero. Cfr. James R. Brockman, *La palabra queda. Vida de Mons. Óscar A. Romero*, UCA Editores, San Salvador, 1985, pp. 237-244.

blo, y no hago más que remitirme a lo que Su Santidad disponga; pero de mi parte sepa que he predicado el Evangelio y que estoy dispuesto a seguir predicando, en defensa del querido pueblo que el Señor me ha encomendado, ese Evangelio del Señor”¹².

Al regresar de Roma —espero que no sea más de dos semanas—, yo quisiera que celebráramos una misa de acción de gracias al nuevo beato, beato Francisco Coll, junto con todas las obras de las hermanas dominicas, aquí en la arquidiócesis. Y así veremos cómo un santo del cielo puede realizar obras muy enraizadas en la tierra. Y esta es la imagen de la Iglesia, que no se olvida de la tierra aun cuando ha escalado las alturas de la eternidad.

Visitaré, esta tarde, mejor dicho, después de la misa, a San Pedro Perulapán, donde vamos a tener una renovación pascual de los compromisos bautismales. Y esta noche, a las 6:30, yo les invito a ir a celebrar la fiesta patronal de la parroquia de la Resurrección, que es la parroquia de la colonia Miramonte, donde, a las 6:30, vamos a tener la misa patronal.

Hechos de la semana

Ahora bien, hermanos, esta Iglesia que trata de construirse en la fe y en el amor —como lo acabo de decir del padre Coll, que desde su eternidad sigue trabajando en la tierra— es una Iglesia que no se puede desinteresar de los intereses sociales, políticos, económicos. No es técnica en esas materias, pero sí es la voz profética que debe anunciar a los técnicos su deber en el manejo de las áreas técnicas de la tierra. En este sentido, yo quiero referirme a las noticias que he encontrado al regresar de Costa Rica.

En primer lugar, cómo los algodoneros¹², también algunos cafetaleros de Santa Ana¹³ y también la industria del henequén¹⁴ han hecho peticiones de incentivos económicos para invertir y que, si no tienen esos subsidios, podrán verse incapacitados de

¹² Cfr. Comunicado de la Cooperativa Algodonera, Ltda., COPAL, *La Prensa Gráfica*, 17 de abril de 1979.

¹³ Cfr. Comunicado de la Junta Departamental de Santa Ana de la Asociación Cafetalera de El Salvador, *El Diario de Hoy*, 18 de abril de 1979.

¹⁴ Cfr. Boletín informativo de la Asociación de Productores de Henequén de El Salvador, HENSALVA, *El Diario de Hoy*, 16 de abril de 1979.

sembrar o de sus industrias y, así, someter a mayor crisis, sobre todo a los pobres trabajadores, que no tienen más ingresos que los que les producen estos cultivos.

Comentando esta situación, yo diría que el Gobierno, si puede, tiene obligación de incentivar todo aquello que se produce en nuestra patria. Pero también quiero decir a los productores que no se dejen llevar únicamente de una lógica del sistema actual, en el cual no se invierte si no se prevén grandes ganancias. Ya ellos mismos anuncian que la crisis afectará mucho más a los pobres jornaleros. Y entonces, diría que, con un criterio cristiano, ya que el Señor nos está mandando las lluvias —hemos de pedirle que sea un invierno normal— que riegan ya nuestras tierras, nos está insinuando el Señor que Él quiere la felicidad de todos. Quiero decir, pues, que tanto algodoneros como cosechadores de henequén, de café, etcétera, tengan en cuenta el principio cristiano que hoy nos ha dicho la palabra de Dios: el compartir. Es decir, no se debe de invertir solo con esperanza de acaparar grandes ganancias. Aunque no sean grandes las ganancias y aun cuando hubiera riesgos de pérdida, el fin del cultivo tenía que ser este fin cristiano y humano: dar trabajo, compartir los bienes, la tierra que el Señor nos da y nos riega, que seamos hermanos, que seamos cristianos y que no dejemos morir de hambre solo por el riesgo de no haber querido exponernos a obtener las ganancias que en otras ocasiones se han tenido.

Quiero fijarme también, cómo, para estos comunicados de los grandes productores y cultivadores, hay campo en la prensa¹⁵ y hay noticias y hay aceptación y audiencias en los Gobiernos. En cambio, cuando nuestros pobres piden, con la misma justicia, simplemente rebajas de precios, situaciones más justas en su vida campesina, no hay para ellos un lugar en la prensa, no hay para ellos tampoco una audiencia en el Ministerio de Agricultura y Ganadería ni en el Banco de Fomento Agropecuario.

¹⁵ Desde el 16 al 21 de abril, *La Prensa Gráfica*, *El Diario de Hoy* y *El Mundo* publicaron los siguientes comunicados de una página y de media página de extensión: Pronunciamiento de los cerealeros de las zonas central y oriental de El Salvador, Manifiesto de los ganaderos, Comunicado de COPAL, “Comerciantes nos solizaramos con algodoneros”, Carta al Presidente de la República, general Carlos Humberto Romero, de los algodoneros de Oriente, Carta de los profesionales y técnicos agrícolas de El Salvador, Convocatoria de la Junta Directiva de la Cooperativa Algodonera, Ltda.

Esto indica, pues, la situación injusta en que se mueve nuestra situación. ¡Y esto no es estar provocando! Es simplemente comentar en familia cómo Dios nos está pidiendo, a la luz de la palabra de hoy, una comunidad de amor, más fraternal, en que no veamos únicamente nuestras propias ventajas, sino que sepamos hacer justicia, sobre todo quienes por ministerio, por gobierno, tienen que ser los procuradores del bien común.

Otro aspecto de mi comentario, a la luz del Evangelio de hoy, que choca horriblemente con el mensaje del espíritu de amor que debe hacer nuestra comunidad, es la violencia. Queridos hermanos, no solo los de buena voluntad que me escuchan, sino todos aquellos que ya perdieron su fe en el amor y han puesto toda su confianza en las armas, en la represión, en la violencia, en la reacción: ¡No es ese el camino!

Ya en esta semana, por ejemplo, para mí ha sido muy dolorosa la noticia del atentado contra el doctor Fernando Augusto Méndez¹⁶. También las interferencias de nuestra radio son manifestaciones de una violencia que no quiere oír la voz de la justicia¹⁷.

Si no se pone paro a esta espiral de violencia, podemos acabar muy mal. Yo veo que el pueblo salvadoreño tiene grandes capacidades de diálogo, de inteligencia, y yo apelaría a esa gran capacidad para buscar soluciones a sus problemas. Porque desde el primero al 19 de abril, se pueden contar ya ochenta y cinco asesinatos.

Un manifiesto de extrema derecha que quiere infundir también fuerzas de represión. Yo invitaría al Gobierno a que, así como en cierta ocasión, cuando comenzaba este período presidencial y se amenazaba a los jesuitas, y la UGB fue eficazmente parada en su pretensión de sangre, lo cual parece, pues, que en el Gobierno hay una voz eficaz para poder detener; yo diría, también, que en esta situación, en que esas nuevas voces de organizaciones clandestinas se dejan oír¹⁸, haga sentir esa eficacia que

¹⁶ El doctor Fernando Augusto Méndez era miembro de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador y salió ilesa del atentado. Cfr. *La Crónica del Pueblo*, 20 de abril de 1979.

¹⁷ Cfr. Boletín de la Secretaría de Comunicación del Arzobispado de San Salvador, *La Crónica del Pueblo*, 16 de abril de 1979.

¹⁸ No hemos podido determinar si se refiere al comunicado de FALANGE (ver nota 9 de la página 348) o si se trata de un nuevo comunicado de esa u otra organización paramilitar de extrema derecha.

entonces se oyó también, sin necesidad de recurrir a la represión, sino, simplemente, llamando a la concordia a los hombres.

La violencia represiva no se justifica con el pretexto de querer contrarrestar el comunismo. Acordémonos que el comunismo es una realidad, ciertamente, pero es un fantasma para muchas situaciones y es un pretexto para quienes quieren confundir el reclamo de lo justo con el comunismo. Ya les dije el otro día: No todo lo que se llama izquierda es marxismo o comunismo. Hay, sí, mucho de violencia y la Iglesia no puede estar con esa táctica de la violencia y del odio; pero hay mucho de justo y allí la Iglesia defiende lo justo que pueda haber en los reclamos de los que sufren. El Papa nos ha dado una pauta muy útil, cuando dice: "La forma más eficaz para combatir el comunismo es practicar una justicia social que cree los prerrequisitos para una vida más humana y más segura".

En este capítulo de la violencia, yo quiero también llamar la atención de la misericordia o, simplemente, de la justicia, sobre esa zona de Cinquera, donde ya ha habido diez operativos militares. Un saldo de doce muertos y cuarenta y nueve capturados nos dice de una zona que para nosotros, tal vez, pasa desapercebida, pero donde se está sufriendo mucho.

Lo mismo, invitaría la mirada, como me la invitaron a mí también en esta semana, a mirar esas zonas de tugurios. En el Modelo 1, en el Modelo 2 y en Las Mercedes, se amenaza con despachar ciento treinta familias¹⁹. ¿A dónde pueden ir? Una sabiduría o, como dijo el Papa en la carta *Octogesima adveniens*, provocar la inventiva de los hombres de la política, de la técnica, de la capacidad. La Iglesia no puede dar la solución técnica, pero sí llama la atención. No se arregla el asunto con echar afuera ciento treinta familias, sino que ver cómo se les arregla o se les remienda un poco su tugurio o se les da una solución más digna. Aquí, la Iglesia se gloría de su obra de Vivienda Mínima que está contribuyendo, dentro de sus capacidades, también a solucionar.

Así, queridos hermanos, podíamos seguir hablando. Sólo quisiera tratar, para terminar, y unidos y solidarios con nuestros hermanos que sufren, invitar al Ministerio del Trabajo a investigar qué es lo que en verdad hay sobre los salvadoreños

OA 19

¹⁹ Cfr. *La Crónica del Pueblo*, 21 de abril de 1979.

trabajadores que han regresado de Arabia Saudita¹⁶. Yo les comunico, por mi parte, que también me duele la situación de compatriotas nuestros, aquí más cerca, en Estados Unidos. Cuando regresaba monseñor Rivera de Venezuela dice: “Volé en el vuelo 503 de Guatemala a El Salvador y, aunque ya he hecho muchas veces este recorrido, esta vez me invitó a una profunda reflexión. La mayor parte de los pasajeros estaba integrado por jóvenes obreros y campesinos salvadoreños deportados de los Estados Unidos. No obstante, el venir en avión y el volver al solar natal, se les veía desilusionados, incomprendidos, casi defraudados. Conseguir la visa, no les fue posible; por eso, se lanzaron a la aventura de entrar a como diera lugar. Algunos lograron burlar la vigilancia y se han quedado allá trabajando y ganando; otros han logrado legalizar su condición migratoria; pero ellos eran deportados, eran devueltos en avión al solar natal. Casi cada tarde, en el vuelo 503, llegan muchos deportados. Esto me hacía pensar: una nación que ve que a sus hijos los sacan de todas partes, debe andar mal. Y me preguntaba: ¿por qué se emigra?, ¿por qué se nos saca de todas partes? Estas preguntas me atormentaban y merecen una respuesta. Todos debemos estar en grado de responderlas. Quizá, cuando conozcamos el documento de Puebla, estemos en grado de hacerlo”.

La Iglesia no puede prescindir, hermanos, de estas situaciones. Hermanos nuestros en Arabia Saudita, en Estados Unidos, en cualquier parte del mundo donde sean maltratados, son hermanos nuestros! Cometerán injusticias, ilegalidades, llamémoslos a conversión o júzgueseles, resuélvaseles el problema. Como digo, a la competencia de la Iglesia no llega la técnica de estas soluciones, pero señala la obligación de quienes tienen el deber, servidores del pueblo desde sus puestos de política y de profesión, sus capacidades intelectuales. Hermanos todos somos y todos tenemos que ver por buscarle a nuestra patria una solución.

La Iglesia, en este domingo, ha dado un aporte muy valioso. Desde la liturgia de la palabra, ha señalado cómo Cristo ha infundido un nuevo Espíritu a la humanidad: su mismo Espíritu de resucitado, Espíritu de esperanza, Espíritu de fe. Y de ese

²⁰ Cfr. *Orientación*, 22, 29 de abril y 6 de mayo de 1979.

Espíritu ha brotado la comunidad cristiana que es comunidad de fe y de esperanza, comunidad de amor. Logremos realizar entre nosotros esa comunidad de fe y de amor. Comunidades de las parroquias, comunidades de base, comunidad de la arquidiócesis, hagamos empeño de que este soplo de Cristo no se quede inutilizado entre nosotros. Contamos con la fuerza del resucitado y nuestra Iglesia tiene que florecer, si de verdad somos dóciles a ese soplo que Cristo imprimió a nosotros, su Iglesia, en la misma noche de la Pascua. Así sea*.